

EDITORIAL

Dos años de impunidad

Hace exactamente dos años, el 30 de marzo de 1985, fueron encontrados los cadáveres degollados de José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Nattino. Ese horrible triple asesinato dio origen a uno de los más tristes episodios de la historia judicial chilena.

Aún está fresca en la memoria la resolución del ministro Cánovas, quien investigó el caso, señalando angustiosamente que, a pesar de tener todos los indicios hacia la verdad, no podía terminar procesando a los culpables por falta de auxilio a la justicia.

El fallo de ese magistrado, consagró la impotencia de los jueces honestos que, intentando hacer luz, son absorbidos por las tinieblas.

De alguna manera, el caso de los degollados es la ilustración de la crisis moral que agobia a los chilenos. Su muerte, bestial y sangrienta, permanece impune a pesar de que todos los hechos apuntan a una misma dirección. Se demuestra con ello la inmoralidad de la situación que vivimos. La opinión pública, en el fondo, sabe o intuye con claridad donde están los responsables. Sin embargo, la justicia -ese poder falto de independencia según el relator Volio- no puede, no es capaz, de llevarlos al juicio que merecen.

Hoy se cumplen dos años de ese asesinato. Pero lamentablemente, dolorosamente, no son los únicos. Los nombres de Tucapel Jiménez, de Mario Martínez, de Mario Fernández, de Rodrigo Rojas, por nombrar sólo algunos, esperan también la verdad de sus ultimadores.

Esta semana recibimos la visita del Papa Juan Pablo II. De él se esperan muchas cosas. Palabras de orientación, consejos para la reconciliación, fortaleza para tener esperanza. Todo ello, seguramente, se conseguirá con su esperado paso por nuestra tierra. Pero, su venida debe servir, además, para reavivar el ímpetu por la verdad, la sed de justicia. El lema del viajero es: "Mensajero de la Vida". Es decir, el que abre caminos a la dignidad, aquél que derrota a la cultura de la muerte.

Si queremos ser consecuentes con los intenciones preparativos de la visita papal; si pretendemos darle auténtico significado a los millares de palabras de bienvenida que ya se han pronunciado, es imperativo que se redoblen los clamores por superar la oscuridad.

La impunidad de la violencia y la ausencia de justicia son los síntomas, no superados, de una sociedad enferma, de "un país herido" que necesita urgentemente el remedio de la verdad.

ANÁLISIS POLÍTICO:

Las visitas y el convidado de piedra

Alguien definió el estado de ánimo del país como de "empapado". Efectivamente, tiene razón. Esta semana se produce un hecho histórico. Sea cual sea la creencia o posición que se tenga, nadie está indiferente a la visita del Papa Juan Pablo II.

Qué va a quedar de ella, es un asunto que ya tocará analizarlo. Por ahora, sólo se puede adelantar cuál es la nación con que se encontrará al Pontífice. El presidente de la Conferencia Episcopal chilena, Bernardino Piñera, planteó una frase que parece un buen resumen de la situación nacional: "el Papa llega a un país herido".

Y es muy acertado lo dicho por el arzobispo de La Serena. Chile está herido. Padece de una profunda crisis que corrompe hasta la médula la convivencia nacional. Hay mucho dolor acumulado. Enormes cargas de ira sin escape. Demasiada injusticia amontonada por años. Cuando Juan Pablo II pise nuestra tierra, descubrirá el sufrimiento de miles de cesantes. Observará la desesperanza de una juventud que ha visto tronchada su vida de estudios y no tiene acceso al mundo del trabajo. Palpará la impotencia de las víctimas de la represión. En suma, tocará, una por una, las heridas que desangran el alma chilena.



Fernando Matthei

Sin embargo, podrá ver muchas otras cosas. La dignidad de los pobres, por ejemplo. Sabrá de su enorme solidaridad; de la capacidad de repartir, incluso, lo que no tienen. Oirá de la generosidad de los jóvenes, que enfrentan los riesgos y construyen futuro. Conocerá la esperanza de un pueblo que busca la paz, la justicia y la libertad.

Es cierto; el Papa visita un país herido, pero que tiene enormes ganas de encontrar remedios y espera de él consejo que lo ayude a sanar.

EL "ARRIERO" SORPRESIVO

Ha sido una de las pocas noticias que desplazó, por un par de días al "empapamiento". El regreso clandestino del ex canciller de la Unidad Popular, Clodomiro Almeyda, abrió una brecha política difícil de calcular en sus proyecciones.

Al margen de la pequeña o gran vergüenza que significa para los servicios policiales, la entrada ilegal de Almeyda, el hecho político básico, es la presencia en territorio chileno de uno de los principales dirigentes del socialismo. Además su intuspectiva aparición sirvió para enterrar cualquier sospecha sobre su honorabilidad personal y puso, otra vez, en primera línea el problema del exilio.

El asunto, al fin y al cabo, es que "el Cloro está en su tierra". Ha recuperado un derecho que le pertenece y puede, aún desde la relegación o la cárcel, jugar un rol importante. El es, sin duda, el dirigente de mayor relevancia del gobierno anterior que regresa al país y su sola presencia provoca agitación en el mundo de la izquierda, particularmente entre los socialistas.

Hasta el momento, Almeyda no ha hecho declaraciones políticas muy de fondo. Sin embargo, el gesto de entregarse a los tribunales, tiene, evidentemente, una significación importante. El revela la condición de dirigente político que asume métodos de desobediencia civil para recuperar sus derechos. Además, en una de sus escasas acotaciones contingentes, señaló que el atentado al general Pinochet, como la internación de armas, "contribuyeron a crear una situación de reflujo del



Bernardino Piñera

movimiento popular que aprovechó el gobierno". En esa declaración hay una pista importante de la posición de Clodomiro Almeyda.

LOS "RELATOS" DE VOLIO

El régimen lo pensó bastante. Ya le había dolido suficientemente la unánime condena de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, por las "reiteradas y permanentes violaciones" a esos derechos.

Sin embargo, estimaron a don Fernando Volio como un hombre más cercano. De hecho, la prensa oficial intentó presentar un "conflicto" entre el relator especial y la comisión de Naciones Unidas. Tal desacuerdo estaría en que Volio consideraba injusto el tono de la condena. Entonces, lo dejaron venir. Quizás, esperando alguna palmadita en la espalda.

Pero las cosas no se dieron como las esperaban los cerebros del régimen. Fernando Volio ha hablado y muy claro. Planteó la falta de independencia del Poder Judicial. Reiteró la ausencia de un proceso claro de transición a la democracia. Denunció la persistencia del empleo de la tortura. Repudió la permanencia de los rectores delegados en las universidades. Felicitó a la Vicaría de la Solidaridad. Recibió a los familiares de las víctimas de la tortura. Visitó poblaciones. Habló con políticos. No logró audiencia con la Corte Suprema, luego dijo que ello entorpecía su trabajo. Sí conversó con los magistrados Cánovas y Cerda. Condenó, con energía, el terrorismo.

El general Fernando Matthei, en otra de sus desconcertantes intervenciones, calificó a su tocayo Volio de "torpe e ignorante".

El relator, en suma, le dolió al régimen.

